

plando à estas como demasiado arduas, y no creyéndose en estado de poderlas vencer, miran el Cielo como un País inaccesible: à los unos les parece que la consecucion del Cielo nada cuesta; y à los otros que cuesta demasiado. Es difícil determinar, cuál de estas dos disposiciones sea mas opuesta à la salvacion, pues la una conduce al descuido, y la otra à la desesperacion. Hoy nos presenta la Iglesia un eficaz remedio para estos dos males en los exemplos de los Santos: nos los manifiesta con todo el resplandor de su gloria; pero al mismo tiempo que celebra sus triunfos, no nos oculta sus convates, antes bien nos expone muy por menor todos los trabajos de su vida: nos declara, que son Santos porque vivieron pobres, y afligidos, porque llevaron su Cruz, y padecieron por la justicia: Si ayudados de la fé examinamos este objeto, y comparamos la felicidad de su presente estado con el precio que les costó conseguirle, facilmente saldremos de los dos errores, que son causa de nuestra perdicion, y nos avergonzaremos, tanto de nuestro descuido, como de nuestros sustos acerca de las dificultades de la salvacion.

Levantemos los ojos al Cielo, y contemplemos en él à estos gloriosos vencedores del Mundo: Son Santos, y fueron hombres: fueron lo que nosotros somos, y nosotros aspiramos à ser lo que ellos son: à esto se reduce la presente instruccion dividida en dos sencillas reflexiones: Queremos ser lo que son los Santos, pues es necesario que hagamos lo que ellos hicieron: Ellos fueron lo que ahora somos nosotros; luego nosotros podemos tambien hacer lo que ellos hicieron: *Debemos*; será el primer punto, en el que manifestaré à los Christianos descuidados, è indiferentes, la obligacion que tienen à imitar à los Santos en su vida penosa: *Podemos*; será el segundo, en el que manifestaré à los Christianos tímidos, y cobardes, que tienen facultades para poder imitar à los Santos.

Lo que digo en comun à todos los Christianos, lo digo tambien, Señor, à todos los Principes del Mundo, y aun à V. Magestad; la mayor grandeza hace à los Principes mas superiores à los demás hombres, y por eso hallan menos exemplos que imitar en la tierra; deben, pues, buscar sus modelos en el Cielo, y consultar siempre à aquella suprema Sabiduría, que es la que unicamente hace sabios, y que nunca se engaña: derramad, Señor, un rayo de vuestra eterna luz sobre nuestro Principe, y sobre sus Vasallos, para que todos conozcan la fuerza de estas verdades, no obstante la ineficacia de mis palabras; esto os pidó por los meritos de vuestro Hijo, y por la intercesion de su Santa Madre. Ave Maria.

PRIMERA PARTE.

ES cosa abominable querer un hombre eximirse de las obligaciones generales, y buscar el descanso en medio de los trabajos, y públicos peligros: Aquel Soldado de David que no quiso gozar ni un solo dia las comodidades de su casa, mientras los valerosos Soldados de Israel, y de Judá, ocupados en el sitio de una Plaza, velaban, y peleaban al rededor del Arca del Señor, no solamente condenaba con esta accion la ociosidad de las almas cobardes, sino que tambien, parece, reprehendia al mismo David de que contra su costumbre, y contra la obligacion de los Reyes, pasaba tranquilamente en las delicias de su Corte la estacion destinada para las empresas de la guerra: *Tempore quo solent Reges ad bella procedere . . . remansit in Jerusalem 20. Reg. c. 11. v. 11.*

Hasta ahora, Israel, y Judá, esto es, todos los Fieles han peleado para llegar à conseguir la posesion del Cielo, no debemos, pues, nosotros esperar poseerle viviendo en la ociosidad, y el regalo; supuesto que as-

piramos à la misma recompensa; supuesto que vivimos sujetos à las mismas leyes; y supuesto que seguimos à la misma Cabeza que ellos siguieron, para triunfar, como ellos triunfan, es necesario pelear como ellos pelearon; su recompensa es el Cielo; su ley el Evangelio; su cabeza era nuestro Salvador Jesu-Christo: No hay, pues, mas Cielo, mas Evangelio, ni mas Salvador para nosotros. Estas tres consideraciones prueban eficazmente la absoluta necesidad que nosotros tenemos de hacer lo que los Santos hicieron para ser lo que ellos son.

Si despues de la muerte huviera dos distintas recompensas, una para los que huviesen sido Fieles al Mundo, y otra para los que se huviesen mantenido Fieles à Dios, podria nuestra cobardia hallar algun pretexto, y contentándonos con la felicidad preparada para los mundanos, podiamos dexar para los Santos las fatigas, y el fruto de la vida Evangelica: pero tienen los cobardes la desgracia de que no hay mas que un solo termino feliz, que es el Cielo; un solo camino para ir à él, que es el de la Cruz, y de las penosas virtudes, que se llaman Bienaventuranzas. Es, pues, necesario, ò practicarlas con los Santos, ò renunciar al Cielo con los impíos.

¡Sería cosa muy extraña, Catholicos, que estos fragiles bienes de que gozamos en la tierra, la opulencia, la grandeza, la fama, y la salud, bienes aparentes, y aun muchas veces falsos, nos costasen tantas fatigas, y que el Cielo, centro de las verdaderas felicidades, nada nos costase! ¡De cuántas precauciones, de cuántos remedios, y aun de cuántos dolores os valeis para añadir à la vida algunos pocos dias molestos! ¡Por cuántos precipicios correis en busca de los fragiles honores! ¡A costa de cuántas vigiliass llegais à conseguir un grado de ciencia! ¡Cuántos abatimientos, cuántas sumisiones, y aun vilezas, practicais por grangearos el favor

de los Grandes! ¡Aun los mismos Grandes, con qué fatigas, con qué disgustos, y con cuántos peligros sostienen su Grandeza! El poder, y esplendor con que nacieron fue para ellos un don gratuito, pero este don que recibieron de la naturaleza, se le pagan bien caro à la fortuna: Estas mismas Bienaventuranzas de pobreza, de humildad de corazon, de afabilidad, de paz, de sufrimiento, de privacion de los placeres, son el yugo del Evangelio insoportable para los Christianos cobardes: ¿Pero es insoportable este yugo para la politica del Mundo, y aun tambien, para la hipocresía?

El que pretende grangearse la proteccion de los Grandes de la tierra, y que formen alta idea de sus talentos, hace particular estudio en ser moderado, sufrido, y condescendente; conoce que los genios altivos, è inquietos à nadie agradan, y de este modo confirma sin querer la verdad de la maxima del Salvador que dice, Bienaventurados los mansos: *Beati mites*: El que tiene precision de sufrir los antojos, è impertinencias de aquel de quien depende, oculta sus sentimientos, disimula, cede, finge ignorar, y aun no conocer lo que pudiera obligarle à manifestar su sentimiento; no es ocasion esta de dar pruebas de gran penetracion; por el contrario, felices los que entonces tienen corta capacidad, ò fingen tenerla: *Beati pauperes spiritu*: El que observa los ruidosos, y frecuentes golpes de la fortuna, y teme que le alcance alguno de ellos, procura valerse de preservativos contra la envidia, huyendo el golpe con destreza; reforma el tren, la mesa, el juego, y todo quanto puede ser motivo de envidia, y por consiguiente se llama feliz el que sabe moderar su alegria, entristecerse, y mortificarse quando conviene. *Beati qui lugent*. Esta es la comedia del Mundo, y la confesion que él mismo, contra su voluntad, hace de la solidéz de las maximas del Evangelio.

Vosotros pensais, Catholicos, ¿qué para practicar

todas estas virtudes, y mortificaros en todos estos puntos, es necesario ser Santos? Os equivocais, para esto basta solamente amar al Mundo, amar vuestra reputacion, vuestros intereses, los honores de la Milicia, y de la Corté: para el que ama estos bienes, son muy faciles estos esfuerzos, y no hay disgusto que le acobarde: Un libertino ansioso de la fortuna del Mundo puede dar lecciones en esta materia à los mas perfectos: Si el Mundo, à quien estos sirven, fuera siempre agradecido; si consiguieran seguramente lo que pretenden con estos abatimientos, fuera menos intolerable su error; pero qué expuestos à la ingratitude, al peligro de no ver logradas sus esperanzas, à la casualidad de que les coja la muerte antes de haver conseguido la recompensa à que aspiran, y ver de este modo sepultados inutilmente todos sus trabajos en el sepulcro, cierren los ojos al peligro, y solamente los abran à la esperanza, es un error intolerable! Pongamos, Catholicos, la mira en las esperanzas del Cielo: En este Mundo todo os cuesta mucho, y el Cielo os costará muy poco: Este es el unico bien que no os puede dexar burlados, el que seguramente conseguireis, si deseais con sinceridad conseguirle; del que no podrá privaros, ni la muerte, ni los demás pretendientes que aspiren al mismo premio, ni la inconstancia de la fortuna; finalmente, este es el unico bien que podrá haceros verdaderamente felices: Qué ceguedad la vuestra! Pero oíd atentamente la siguiente reflexion.

Si renunciando los derechos que teneis al Cielo, abandonando el cuidado de vuestra eterna salud, y consintiendo en vuestra condenacion, pudierais à lo menos por estos medios, libraros de las penas, y pasar una vida tranquila, y deliciosa, sería una especie de consuelo, y esperaríais el suplicio que mereceis, durmiendo entre tanto, un sueño tranquilo: Pero consultad à la esperiencia; esta obliga à confesar à todos los pecadores

res: que el camino que guia al précipicio, es, sin comparacion mas penoso, que el que guia al Cielo. Es verdad, que entre todas las virtudes de la vida Evangelica, y entre todos los convates contra las pasiones, no hay cosa mas terrible que la tiranía de estas, quando han llegado à desenfrenarse. ¡Qué miseria mas cruel, ni mas vergonzosa que la de un avaro, ò la de un prodigo arruinado por sus profusiones! ¡Qué persecucion puede igualar à la que se hace à sí mismo un ambicioso, un envidioso, un hombre cuyo corazón está poseido del odio, y del deseo de la venganza! ¡Qué lagrimas mas amargas que las de la desesperacion, y aflicciones que padece un sensual? Siempre despreciado de los deleytes, y ansioso al mismo tiempo de mas deleytes: los busca, aun quando los posee; no le satisfacen tanto los que goza, como le mortifican los que no goza, ò no puede gozar: continuamente está procurando desembarazarse de los disgustos presentes, y anhelando por nuevos placeres, ò acordandose de los que yá se pasaron: Piensa que entonces era verdaderamente feliz, porque conoce que en el tiempo presente es verdaderamente miserable; y antes se tenia por miserable, porque no se contemplaba suficientemente dichoso: De esto provienen las inconstancias, las altanerías, el odio, y aun el horror de lo que antes se havia amado con mas viveza. De aqui nacen los crueles remordimientos, no de la conciencia, sino del honor, y del interes, quando, arruinada su fortuna se vé reducido à espiar en una ociosidad violenta, la ociosidad voluntaria de sus pasados años: ¡Por qué se ha de lisongear el sensual de que siempre permanecerá sordo à los remordimientos de su conciencia! ¡Ah! El pecador siente los tormentos, los convates, el yugo de la Religion, y el peso de las pasiones; algunas veces levanta su corazón ácia Dios, è inmediatamente buelve à sepultarse en los placeres, siente los esfuerzos que hace su razon cau-

tiva para conseguir la libertad; juzga algunas veces que son sinceras sus resoluciones, è inmediatamente conoce que no lo son: llora, y suspira, pero sus lagrimas, y gemidos no son testigos de su conversion sino de su extrema miseria; es inconstante en el mal, y en el bien: Se arrepiente tan presto de haver pecado, como de haverse arrepentido: quiere presentar à Dios un corazon que todavia està manchado con el amor al Mundo, y ofrece al Mundo un corazon despedazado con remordimientos: El pesar acompaña à su inocencia, y los escrúpulos son inseparables de sus delitos.

Ved aqui, Catholicos, las Bienaventuranzas convertidas en maldiciones para castigo del pecador: Ved aqui el dolor en la sensualidad, la tristeza en la alegría, y las lagrimas en los placeres. *Vae vobis qui ridetis.* Desgraciados de los que os reis, decía el Salvador del Mundo, desgraciados, no solo porque sereis eternamente infelices, sino porque tambien en esta vida sereis verdaderamente desdichados: Ved aqui quanto os cuesta perderos; puede ser que no os costase tanto el salvaros.

Este es el supremo grado de la locura de los mundanos, dice el sabio Pico Mirandulano: el hombre està precisado à padecer, ò por Dios, ò por el Mundo; ò por el Cielo, ò por el Infierno; mas quiere padecer exponiendose al peligro de ser eternamente castigado, que padecer para ser siempre feliz, esperando por seguro premio una recompensa eterna. *Nonne extremae dementiae est, ibi nolle potius laborare, ubi à labore itur ad mercedem, quam ubi à labore itur ad supplicium!* (a)

Y asi, Catholicos, en qualquiera estado que nos hallemos, qualquiera que sea el camino que sigamos en esta vida, en todas partes hallaremos penas, y tra-

(a) *Picus Mirand. Epis. 1.*

bajos: El descanso solamente se halla en el termino, y en aquel termino à que llegaron los Santos: Es necesario, pues, hacer lo que los Santos hicieron, supuesto que caminamos al mismo termino, que aspiramos à la misma recompensa, y que vivimos sujetos à la misma ley, que es la segunda razon.

II. Si la malicia, la negligencia, ò el olvido pudieran prescribir contra la Ley del Señor, yá há mucho tiempo que los hombres la huvieran abolido; substituyendo en su lugar, sus tradiciones, y costumbres: Pero el Apostol dice, que tenemos un Legislador, y un Juez, autor, y vengador de su ley, que habiendo sabido establecerla, la sabrá mantener. *Unus est Legislator, & iudex.* (a) Este Legislador no dixo; yo soy la costumbre, sino; yo soy la verdad: *Christus veritatem se, non consuetudinem cognominavit.* (b) Contra la verdad nada puede prevalecer, ni la moda, ni la autoridad, ni la ley, ni la prescripción de todos los siglos. *Veritas manet, & invalescit in aeternum, & vivit, & obtinet in saecula saeculorum.* (c)

Jesu-Christo profirió esta verdad, es à saber, que el Cielo no es sino para los humildes, y esta verdad todavia permanece. Esta verdad era una misma respecto de los Discipulos, de los Apostoles, de los Pueblos de Jerusalén, de Tyro, y de Galilea, que havia juntado para enseñarles las Bienaventuranzas, y la moral del Cielo; y hoy permanece la misma respecto de los Grandes, y Poderosos del Mundo: De todas clases de personas havia entre aquella multitud que le escuchaba, y à todos igualmente se dirigia su Sermon: No hay, pues, ni tiempo que prescriba contra la severidad del Evangelio, ni calidad que nos dispense de ella.

No obstante, Catholicos, si comparamos nuestra

(a) *Jacob 4. 12.* (b) *Tertul. de Velandis Virgin. cap. 1.* (c) *3. Esdr. 4. 34.*

conducta con la de los primeros tiempos, ¿se podrá decir que vivimos bajo la misma ley que vivieron nuestros Padres, y que tenemos por regla de nuestras costumbres los mismos principios que tuvieron ellos? Nuestros Padres vivian penetrados de respeto al nombre de Dios, eran adoradores sinceros, y Christianos de corazón, y preferian la gloria de su Bautismo à todas las Grandezas de la tierra; y entre nosotros solamente se advierte indiferencia, y tibieza para las cosas divinas, una grande insensibilidad respecto de los bienes eternos, y la virtud convertida en artificio: no se advierte entre el libertinage, y la hipocresía, mas medio que la tibieza: Los primeros Christianos se distinguian de las demás Naciones por el espíritu de paz, y de union, por la comunicacion de sus bienes, y por aquella igualdad que el nombre de *hermanos* ponía entre ellos, no obstante la diversidad de condiciones; y los Christianos de nuestros tiempos se distinguen, no solamente de los que van descaminados, sino aun de los mismos infieles, por sus públicas disensiones, y enemistades, por el exceso de su avaricia, y de su inhumanidad, por el desprecio de esta fraternidad, que lejos de unir entre sí à los extraños por la profesion de una misma fé, está desterrada hasta de entre los parientes à quienes unen los vinculos de la sangre, y de la naturaleza: En los primeros tiempos la modestia, y el pudor regían las costumbres de las personas juvenes; hoy el pudor está tan borrado en sus corazones, y en su frente, que la rusticidad del antiguo libertinage es motivo de confusion para los libertinos, en un siglo tan ilustrado como el nuestro, y los delitos de nuestros mayores en materia de pureza, pudieran hoy pasar en algun modo por virtudes; en aquellos primeros siglos inocentes, ò à lo menos, culpados con medida, se veía abrazar la penitencia, usando de cruelisimos rigores, y lavar los mas leves pecados con lagrimas de sangre; y hoy vemos

mos à este Mundo perverso, sepultado en los más horribles desordenes, inventando unos excesos, cuyos nombres hasta ahora se havian ignorado, y desterrando de su memoria hasta el nombre de penitencia: ¿Qué oposicion ésta de maximas, y costumbres à la vista de Dios, Juez inmutable, que ha de juzgar nuestras inconstancias! *Immutabilis mutabilium moderator.* (a)

¿Con qué ojos mirará aquel Dios Eterno, en cuya presencia los años, y los siglos no son mas que un punto imperceptible, ò por mejor decir, una misma eternidad, cómo mirará nuestras mudanzas, nuestras relajaciones que se aumentan en cada siglo, y el derecho que de aqui tomamos para pecar mas impunemente? ¿Santas Leyes del pudor, de la caridad, de la humildad, y de la penitencia! *Humiliate capita vestra, invicem diligite, pœnitentiam agite:* Divinas Leyes, ¿fuisteis acaso establecidas solamente para los primeros Fieles? ¿No debiais durar mas que trescientos, ò quatrocientos años? ¿En el Tribunal del Señor, en el dia de la ultima sentencia, quando se presenten juntas todas las Naciones, serán distinguidos los Christianos entre sí por la diferencia de los siglos? ¿Serán los unos recibidos en el numero de los Bienaventurados, porque se presenten ensangrentados, y despedazados, por haver nacido en los primeros siglos, y à los otros se les admitirá por excusa de su tibieza, y regalo, el haver nacido en los ultimos tiempos? No Catholicos, para todos ha sido siempre uno mismo el Evangelio, y la diversidad de tiempos, nada puede mitigar de su rigor.

¿Podrá acaso servir de excusa la elevacion de los estados? ¿Esperais, por ventura, vosotros, Catholicos, que ocupais en la tierra un lugar distinguido, esperais que Dios os diga, como dixo Asuero à Esthér, que la ley no se hizo para vosotros, sino para los demás hombres?

(a) *August. Epist. ad Marcel.*

bres? *Non pro te, sed pro omnibus hæc lex constituta est.* (a) ¡Ah! Vosotros no esperais oír de la boca del Señor esta vana distincion, pero os la formais por vuestra propia autoridad: No digais, pues, que la austeridad es para los solitarios, la oracion para los ociosos, la mansedumbre para los cobardes, y la paciencia para los afligidos: *Non pro te, sed pro omnibus*: Advertid, que el Evangelio se dirige mas principalmente à los Grandes, y Poderosos del Mundo, que à los inferiores: porque ¿à quién puede el Evangelio ordenar el ayuno, y la mortificacion con mas especialidad, que los que viven en la abundancia, y el regalo? ¿A quién puede ordenarse el precepto de la humildad, sino à los que están rodeados de los respetos, y adoraciones de los demás hombres, y por consiguiente mas expuestos à los lazos de la vanidad? ¿A quién puede mandar la limosna, y el espíritu de caridad, sino à los que viven en la opulencia? ¿A quién el perdon, y el olvido de las injurias, sino à los que por sus grandes intereses están expuestos à grandes enemistades? ¿A quién puede mandar la vigilancia, y la oracion, sino à los que son conuaticos de mas fuertes tentaciones?

No digais, pues, todas estas leyes fueron hechas solamente para los Santos, los que por razon de la tranquilidad de su estado, y la docilidad de su genio, se hallaban naturalmente dispuestos para la virtud; porque os responderé, que por lo mismo que su estado era tranquilo, y su genio docil, no havia necesidad de imponerles estas severas leyes para que fuesen virtuosos. Si fuera posible salvarse sin atender à estas penosas obligaciones, sin duda lo conseguirian estas personas dociles, y poco dominadas de sus pasiones, viviendo una vida sosegada, y tranquila; pero vosotros que vivis dominados de las pasiones mas violentas, que toda-

(a) *Esth.* 15. 13.

davia conservais las reliquias de una educacion perversa, que estais ligados à la tierra con mil distintos lazos, no hay para vosotros otro motivo mas poderoso que pueda conteneros dentro de los límites de la obligacion; lo que en este punto sería para los Santos util, y provechoso solamente, es para vosotros necesario, è indispensable; y asi no se puede dudar que los Grandes, y Poderosos están sujetos à la misma Ley de Dios que los Santos, y los demás hombres, sino tambien que están con mas especialidad sujetos à los rigores de esta ley: El tercero, y ultimo motivo es, que todos tenemos en nuestro Salvador un mismo modelo, y una misma Cabeza.

III. Si la entrada del Cielo pudo ser facil, y gratuita para algun merito, para nadie lo sería como para el Salvador del Mundo; con todo eso fue preciso que entrase en su gloria por el camino de la Cruz: *Oportuit Christum pati*, (a) y aunque pudo proporcionarse un camino mas facil, pues tuvo libertad para aceptar el precepto de padecer, ò para pedir dispensa de él à su Eterno Padre, con todo eso quiso él mismo imponerse la ley, y eligió el camino de los trabajos para consumir la obra de nuestra Redencion; y asi nos es preciso confesar que no obstante la inclinacion que tenemos al descanso, nos es absolutamente necesario elegir el mismo camino, ò renunciar à nuestra eterna salud. Acabemos, pues, de declararnos: ¿Queremos juntarnos con los murmuradores Israelitas, que cansados de las asperezas, y fatigas del camino por donde Moisés los llevaba à la tierra prometida, la que miraban como unico objeto de sus deseos, mal contentos con su conducta se decian unos à otros: *Elijamos otro Geffe que nos buelva à Egypto? Constituamus nobis ducem, & revertamur in Egyptum.* (b)

(a) *Luc.* 24. 25. (b) *Numer.* 14. 4.